

## Dios y COVID-19: un diálogo posible

*Algunas reflexiones sobre una pandemia desde la teología*

Francisco José Ruiz Pérez SJ

*Decano de Teología de la Universidad de Deusto*

### 1. Planteamiento

La crisis sanitaria de la envergadura de la COVID-19 ha perforado todos los planos por los que marcha la humanidad. Es como si nos hubiera retado cuanto hemos construido y estuviera cuestionando la solidez de lo que somos y hacemos. La pandemia se ha constituido en verdadera probación. Representa un auténtico trauma de incertidumbre.

La capacidad de desestabilización de la COVID-19 es impresionante. Nos está siendo muy difícil comprender sus dimensiones reales y el impacto que definitivamente dejará tras de sí. ¿Nos hallamos, en esencia, ante una lucha biológica, un incidente que se debate en los dominios del mundo natural, donde se juega, si no la supervivencia de una especie, al menos sí parte de ella, mientras su sistema inmunitario no se fortalezca más contra una amenaza viral? Sin duda, es eso, pero también estamos ante un problema con derivadas exponenciales en el ámbito de la sociedad, la política y la economía. *Una sociedad global está experimentando una enfermedad global*. Eso convierte a la dificultad en algo inédito.

No es extraño, por ese motivo, que la teología salga a colación. El pasado 10 de abril, Javier Sampedro, científico y articulista de *El País*, escribía una breve colaboración con un título provocativo, “La fe pierde puntos”<sup>1</sup>, sobre la que me apoyo para ordenar unas cuantas consideraciones.

Sampedro expresa su impresión sobre el papel de la religión, en general, en el escenario creado por la COVID-19. Opina que “la religión ha sufrido en estos días y semanas una ducha de realidad para la que, tampoco ella, estaba preparada, y sus reacciones han sido bien interesantes, a veces poéticas”. El autor alaba, por un lado, que la Iglesia católica acepte las indicaciones científicas de profilaxis. Extiende esa alabanza a la Iglesia ortodoxa. Pero, por otro, critica fuertemente a las iglesias evangélicas norteamericanas, negacionistas del coronavirus. Siguiendo los datos que recoge el artículo, uno diría que la imagen resultante de la religión en su reacción a la crisis sanitaria es, cuando menos, diversa. Al autor, sin embargo, le lleva a una conclusión un tanto inesperada: “En cualquier caso, la fe está perdiendo puntos en esta crisis”. Y pierde puntos, porque “los líderes religiosos sensatos no están siguiendo su doctrina, sino los criterios de la ciencia, y los insensatos quedan desautorizados por sus propios fieles [...]. Cuando un tratamiento funcione, veremos obispos haciendo cola en los hospitales”.

El artículo supone una oposición entre la fe y la ciencia que rememora capítulos remotos de una historia larga de desencuentros entre ambas. Sin duda, la religión, en el sentido extenso que maneja Sampedro, va aún con diversas velocidades en relación al diálogo que establece con la ciencia. Pero también hay que decir que eso mismo le sucede a la

---

<sup>1</sup> Cf. <https://elpais.com/ciencia/2020-04-09/la-fe-pierde-puntos.html> (consulta: 13.4.2020). Es interesante cómo parece dialogar con Sampedro el artículo de Víctor Lapuente: “La resurrección de Dios” ([https://elpais.com/elpais/2020/04/13/opinion/1586773739\\_213804.html](https://elpais.com/elpais/2020/04/13/opinion/1586773739_213804.html): consulta 14.4.2020).

ciencia. La comunidad científica no es homogénea en su modo de captar qué es y qué no es la religión<sup>2</sup>.

Pero lo que me ha captado más la atención de la columna de Sampedro es lo que afirma de pasada sobre la religión. El autor da a entender que la COVID-19 le debe suponer a la religión un aterrizaje no deseado en la crasa realidad. Es decir, la religión la supone aposentada en otro nivel de la realidad, un plano inocuo y trivial frente a la entidad que tiene, en este caso, una pandemia.

Se entiende que una colaboración periodística no puede ahondar en sus propias afirmaciones. Sin embargo, a un teólogo le deja intranquilo que se indique que, después de todo, *la religión no versa sobre la realidad*. Es como si se estuviera manteniendo que “Dios” es ajeno a ella: funge de gran pantalla virtual, a la que se arroja la proyección psíquica humana, sin más peso específico que el que tiene un verso suelto de un discurso metafísico vano.

Con Sampedro hay que estar de acuerdo en que la COVID-19 trae consigo masivamente la realidad tal cual es. Es una muestra de la dureza del mundo físico que habitamos. Ejemplifica el suelo áspero sobre el que camina y construimos nuestra existencia. Pero precisamente por eso, la teología no puede ser ajena a la pandemia y pide palabra propia en medio de cuanto se publicita hoy para verbalizar esta crisis sanitaria. Reclama la palabra no tanto porque “Dios” no sea citado, sino porque se suponga que ese “Dios” nada tiene que ver con la realidad. El cristianismo, en concreto, no lo admitiría. Su punto de partida es que *la religión versa sobre la realidad*. No son otras su visión y su experiencia de “Dios”: lo confiesa en continuo movimiento encarnatorio, incluso hasta la trinchera de la lucha por la supervivencia humana.

He ahí la pregunta: *¿cómo afronta la teología esa realidad tocada de pandemia?, ¿puede decir algo sobre ella que sea una aportación significativa en la actual coyuntura?*

## **2. Un virus y sus luces sobre el mundo natural**

Presento sólo dos consideraciones, envueltas todavía en el efecto traumático que está teniendo la invasión mortífera de la COVID-19. El virus aporta un par de luces sobre la realidad natural, que anotamos dolorosamente mientras se va desarrollando como pandemia:

### *a) El mundo natural es lugar de lucha entre la vida y la muerte*

Lo sabíamos y lo negamos continuamente. A esta pandemia hemos llegado con los gestos aún ufanos del *transhumanismo* tocando nuestros talones. Sus tesis son todo un síntoma de por dónde iba nuestro sueño prometeico de siempre<sup>3</sup>. Pero, de pronto, un virus resetea nuestra capacidad de supervivencia y nos dice que, por el momento, entre otras cosas, no

---

<sup>2</sup> Puede sorprender cuanto aquí se ha podido avanzar en matizaciones en ese diálogo fe-ciencia. Cf. la síntesis que hace de ello, p. e., FERNÁNDEZ RAÑADA, A., “Apuntes sobre ciencia y religión”, en VIGURI AXPE, M. R. (dir.), *Ciencia y Dios*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2011, 21-46.

<sup>3</sup> Para una panorámica de todo ello, cf. BEORLEGUI, C., *Humanos. Entre lo prehumano y lo pos- o transhumano*, Sal Terrae - UPCO, Santander-Madrid 2018.

estamos protegidos contra su actual dotación genética. Los testimonios de quienes han pasado o están pasando por la enfermedad son estremecedores. En síntesis, la COVID-19 coloca ante nuestros ojos el dato innegable de la hosquedad de la realidad biológica.

Dureza con la que, por cierto, nos batimos de ordinario. La ciencia divulgativa ayuda cada vez más a desleír nuestra ingenuidad con respecto a una *madre naturaleza* idílica e inocente. De unos años a esta parte se hacen ya observaciones como ésta: “Para el experto en biología evolutiva, el cáncer viene a ser un rompecabezas deprimente y fascinante a un tiempo. Si la selección natural posee capacidad suficiente para producir adaptaciones complejas, que van desde el órgano de la visión hasta el sistema inmunitario, ¿por qué no ha logrado eliminar el cáncer? La respuesta, aducen estos biólogos, se encuentra en el propio proceso evolutivo. La selección natural ha favorecido ciertas defensas contra el cáncer, pero no lo ha erradicado. Más aún: la selección natural podría incluso haber proporcionado de forma involuntaria algunos de los recursos de que se valen las células cancerosas para su desarrollo”<sup>4</sup>. Ese ribete de desmitologización de lo natural puede verse recientemente en trabajos con otras claves más antropobiológicas<sup>5</sup>.

El mal (natural) desconcierta y la pregunta que lanza sobre el sentido suele anidarse en la grieta que separa la fe de la increencia. Si, pensándolo bien y teológicamente hablando, hasta un virus es *creatura*, pertenece a lo creatural y su raíz óptica nos remite a un Creador, ¿no se siente torpedeada nuestra interpretación del mundo como *creación*? La misma pregunta se repite con cada fenómeno natural de especial efecto negativo sobre el ser humano.

Tanto el fundamentalismo religioso como el secularismo ateo se sienten incómodos ante la constatación de que el mundo natural no ha dejado de ser lucha entre la vida y la muerte. El dato no es consistente con sus cosmovisiones. Para una teología más tentativa y humilde, que la naturaleza sea conflagración inacabada da mucho que pensar, como bien confirma el larguísimo camino de reflexión cultural sobre el problema del mal (natural), cuyas manifestaciones son constantes<sup>6</sup>. Pero por ser eso, tentativa y humilde, la teología no lo pretende clausurar y no sale por la tangente con una especie de *hiperteologización* del mal (natural).

#### b) *La vida es “mortal enemiga”<sup>7</sup> de la muerte*

Lo estamos comprobando cada jornada de nuestro confinamiento: la aparición de la pandemia ha hecho *rebelar* a la vida. La ha puesto en acción. La ha levantado en armas. Una *guerra*: ésa ha sido la metáfora elegida por muchos dignatarios para explicar en qué situación colocaba a sus países la propagación de la COVID-19. El heroísmo que se ha experimentado en la crisis sanitaria por parte de muchos actores anónimos, ellos y ellas, es símbolo de esa enemistad mortal contra todo aquello que niega la vida. Si se puede formular así, el mundo natural está a *favor* de que la vida gane a la muerte; no es neutral

---

<sup>4</sup> ZIMMER, C., “Biología evolutiva del cáncer”, en: *Investigación y ciencia* (marzo 2007) (<https://www.investigacionyciencia.es/revistas/investigacion-y-ciencia/la-era-de-los-robots-436/biologia-evolutiva-del-cancer-6104>; consulta 13.4.2020).

<sup>5</sup> Cf. LENTS, N., *Human Errors: A Panorama of Our Glitches, from Pointless Bones to Broken Genes*, W & N, London 2018.

<sup>6</sup> Por mera curiosidad, véase una forma de tratarlo recientemente en un medio digital: [https://www.tendencias21.net/La-paradoja-de-la-existencia-del-mal-si-hay-Dios-sigue-sin-resolverse\\_a2368.html](https://www.tendencias21.net/La-paradoja-de-la-existencia-del-mal-si-hay-Dios-sigue-sin-resolverse_a2368.html) (consulta: 14.4.2020).

<sup>7</sup> Remedamos aquí la forma en que san Ignacio define el dinamismo interior que se opone a la gracia. No duda en denominarlo “enemigo de natura humana” (cf. p. e., *Ej.* 135, 136 y 334).

en absoluto. La muerte no es *opción* para la naturaleza, sino la trampa entrópica en la que no quiere caer.

“Resistiré”, la conocida canción del Dúo Dinámico, convertida en una consigna vecinal de solidaridad en el confinamiento, apela a ese *no* rotundo a la muerte, sin más argumento que el afianzamiento en la vida, independientemente del precio que cueste<sup>8</sup>. Ese ímpetu certifica que, ante la muerte, *no tenemos escapatoria*: elegimos vida. Ha sido una casualidad feliz que el confinamiento mundial haya coincidido con la memoria que hace la Iglesia católica de san Damián de Molokai, quien da biografía cercana y sorprendente a esa resistencia.

No se pretende invocar ahora el “impulso vital” bergsoniano. Sí lo que parece intuir. Ese impulso sintoniza con una convicción clave de la teología cristiana: la vida es originalmente divina, Dios está asociado a ella. El acto creador es acto de vida, dado que efectivamente “no es Dios de muertos, sino de vivos” (Lc 20, 38).

\*\*\*

Lo que las afirmaciones de la COVID-19 arrojan sobre nuestra percepción del ser humano es doble:

- Por un lado, quizás se nos pide caer mucho más en la cuenta de nuestra *precariedad*: la que está inscrita en nuestro esencial pasaporte natural.
- Por otro, la COVID-19 nos pone ante los ojos el vector interno de cuanto es la aventura histórica humana: su *vitalidad* primaria, que la proyecta al futuro.

Ambas afirmaciones tienen calados y sabores sapienciales distintos para la teología. Entendemos que esa teología tentativa y humilde, de la que hablamos antes, puede indicar algo significativo sobre las dos afirmaciones, con el fin de encajar la realidad contradictoria que somos a la luz de lo que delata la COVID-19. La pandemia evidencia nuestra contingencia, pero paradójicamente provoca que también emerja en nosotros nuestro deseo incontenible de vida y seamos conscientes del don que representa.

Y aquí el discurso teológico puede aportar su particular grano de arena para acoger tal paradoja. “Dios” es pertinente y necesario para alumbrar la coexistencia entre nuestra precariedad y nuestra vitalidad primaria. Se terciaría así entre las espiritualizaciones excesivas, desde las que se quiere afrontar la presente pandemia sin aceptar la muerte con que nos amenaza, y los titanismos pragmáticos, ahora frustrados, con los que hemos funcionado siempre, que ven estupefactos cómo un impulso de vida solidario, fuera de sus cálculos, entra en juego. “Dios” confirma nuestra precariedad y no la suaviza, pero igualmente “Dios” da vuelo al poder de la vida.

---

<sup>8</sup> La letra, de De la Calva y Montoro, no ahorra imágenes para expresar esa voluntad inquebrantable en contra de la muerte: “Cuando pierda todas las partidas/Cuando duerma con la soledad/Cuando se me cierren las salidas/Y la noche no me deje en paz. // Cuando sienta miedo del silencio/Cuando cueste mantenerme en pie/Cuando se rebelen los recuerdos/Y me pongan contra la pared. // Resistiré, erguido frente a todo/Me volveré de hierro para endurecer la piel/Y aunque los vientos de la vida soplen fuerte/Soy como el junco que se dobla,/Pero siempre sigue en pie. // Resistiré, para seguir viviendo/Soportaré los golpes y jamás me rendiré/Y aunque los sueños se me rompan en pedazos/Resistiré, resistiré. // Cuando el mundo pierda toda magia/Cuando mi enemigo sea yo/Cuando me apuñale la nostalgia/Y no reconozca ni mi voz. // Cuando me amenace la locura/Cuando en mi moneda salga cruz/Cuando el diablo pase la factura/Si alguna vez me faltas tú [...]”.

### 3. Nuestro reencuentro con la fragilidad

*Un dato, ¡el dato!*

La COVID-19 nos ha metido en la convivencia directa, sin subterfugios, con nuestra *fragilidad*<sup>9</sup>. Nos coge con el pie cambiado. Nuestro poder tecnológico y económico actual jamás había sido disfrutado por ninguna generación humana precedente. Con un problema: nos hemos llegado a creer que éramos invencibles, blindados contra lo quebradizo de la existencia. Una consecuencia de ello es que estamos cayendo en la ingenuidad que sobreestima el logro humano, hasta olvidar que no puede zafarse de los límites de lo natural.

Fue sorprendente el estupor social y científico que levantó la explosión del *Challenger* en Estados Unidos en 1986. O el descarrilamiento del orgullo de la ingeniería germana, el tren de alta velocidad ICE, en Alemania en 1998. O lo que en su tiempo, *mutatis mutandis*, tuvo que ser el hundimiento del *Titanic* en 1912. Pero es que la COVID-19 nos trae a colación algo más incisivo: la contienda abierta de la humanidad con las enfermedades masivas desde que tenemos memoria de ellas. Son interesantes los esfuerzos hechos por los medios en estos días para rescatar el itinerario histórico de las grandes pandemias, desde la peste antonina del siglo II hasta la penúltima registrada antes de la COVID-19, el ébola de 2013-2016<sup>10</sup>.

Incluso así, imaginamos que hay soluciones precisas y controlables. Un discurso, de los muchos que se suman en este momento respecto a nuestro modo de lidiar con la pandemia, insiste en que *se podía haber evitado*. Todavía más: *habría modos de controlarla perfectamente*. Maneja la premisa inconfesa de que *todo depende finalmente de nosotros*, porque somos capaces de producir supuestamente un estado de cosas en que la asepsia es factible. Esa premisa, bien mirada, niega nuestra precariedad. Y nuestra precariedad es *el dato* irrefutable que ofrece la COVID-19.

*Asunción teológica del dato*

La teología cristiana de la creación, sin embargo, nunca obvia ese dato, sino que lo incorpora a su concepción del ser humano. Su afirmación no es otra sino que *la vida es creada*. La Escritura comienza su relato de salvación justamente en Gn con ese mensaje. La vulnerabilidad está ahí desde siempre; se encuentra detrás de nosotros, arranca desde nuestro origen, es condición humana. Hay en la vida un punto que no dominamos, que se duplica tanto en su inicio como en su final. La muerte está implantada en la vida desde el mismo instante en que comienza. La creatura, como tal, no es una versión de un Prometeo chafado, al que se ha forzado a constreñirse a límites infranqueables, pero de los que puede liberarse a la larga. Al contrario: nuestro ser es últimamente *dado*. La vida es donación, después de todo. El mismo Jesús no se aparta un ápice de la convicción de sus

---

<sup>9</sup> No es extraño que autores como Pérez-Reverte concedan reflexión a ello. Cf. su artículo: “Recuerda que eres mortal” (<https://www.xlsemanal.com/firmas/20200329/perez-reverte-recuerda-que-eres-mortal-coronavirus.html>; consulta 14.4.2020).

<sup>10</sup> Cf. p. e., la aportación de *El Correo* en <https://www.elcorreo.com/sociedad/salud/grandes-pandemias-historia-humanidad-20200405183148-in.html> (consulta: 15.4.2020).

antecesores. Su “¿Quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida?” (Mt 6, 27) es un reclamo para no abandonar nuestra verdad primera.

La teología suele expresar esa imposibilidad de completitud diciendo básicamente que el ser humano no es competente para darse a sí mismo su propia salvación. El Concilio de Trento, dentro de otros esquemas y ante diferentes dilemas que los actuales, paradigmáticamente lo afirma de este modo: “Si alguno dijere que el hombre puede ser justificado ante Dios por sus obras, ya sean realizadas con las fuerzas de la naturaleza humana o con las enseñanzas de la Ley, sin la gracia divina que viene por Jesucristo, sea anatema” (DS 1551; cf. 1521).

Hay una versión secular de esta convicción: el acento en el *nosotros* como ese único sujeto que sí puede afrontar la penuria presente. Las redes sociales se han encargado de subrayarlo a mansalva. La COVID-19 deja caer por los suelos la quimera del individualismo y eleva, por el contrario, la potencialidad de la comunidad para construir el futuro. Somos vulnerables ¡y eso nos convierte en *nosotros*! La vulnerabilidad no es un sitio para huir, sino un lugar donde descubrimos fuentes de vida. El individualismo cultural en el que nos movemos es el gran cuestionado hoy en día. El *yo* postmoderno es acribillado a preguntas por todos lados: no es consistente con la necesidad fundamental que plantea la COVID-19.

### *Una consideración final*

La teología asiste a cuanto acontece con la COVID-19 con una primera mala noticia. No va a aliviar ni dulcificar el dato de precariedad con que la pandemia nos retrata. El dolor provocado por el mal (natural) es uno de los hilos obligados con los que parece trenzarse nuestra historia salvífica.

Ni siquiera los mejores intentos intelectuales para reformar nuestras visiones teológicas elimina el paso ineludible por la *fragilidad* y su pregunta punzante. Un autor como Gelabert reconoce, primero, que la imagen plausible hoy de Dios “no es la de un relojero o un mecánico con un propósito o plan preconcebido, sino la de un progenitor o padre amante que actúa a través del universo, nutriéndolo, conservándolo, animándolo y trabajando con él”<sup>11</sup>. Sin embargo, después, en su propuesta por optar por el *panenteísmo* como un correctivo teológico para poder dialogar con la ciencia actual, partiendo de que el universo es realidad en devenir, ha de admitir que “siempre cabe la pregunta de por qué un Dios bondadoso y omnipotente ha creado un universo inconcluso y, por tanto, imperfecto, antes que uno perfecto y acabado. Los científicos-teólogos responden: cualquier mundo imaginable que estuviera completo y fuera perfecto *ab initio* no diferiría de Dios y no podría ser, en realidad, una creación”<sup>12</sup>.

Todo lo anterior tiene un rédito en clave de cosmología y antropología teológicas: *la ascensión inevitable de nuestra vulnerabilidad*. La COVID-19 nos ha sobrevenido rescatándola y haciéndola vivir como una cita con la soledad. Y no la va a anular en absoluto ninguna teología encarnacionista por original que sea... Otra cosa es que la contingencia sea, para la fe, un dato siempre penúltimo, relativizado y redimensionado por la Resurrección.

---

<sup>11</sup> GELABERT BALLESTER, M., “Imágenes de Dios a la luz del debate fe-ciencia”, en VIGURI AXPE, M. R. (dir.), *Ciencia y Dios*, Bilbao 2011, 172.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, 184.

#### 4. La vida por encima de todo

El daño humano real de esta pandemia será previsiblemente grande, pero necesitamos tiempo para calcularlo con exactitud. Mientras tanto, la COVID-19 nos ha concienciado de que existen en el mundo otros dolores masivos y ¡cotidianos!, sobre los que no distribuimos proporcionalmente nuestro escándalo humanitario. Es decir, con la COVID-19 ha cobrado voz un mundo doliente, para el que los imprevistos naturales y dañinos son regla normal de vida.

Por mucho que relativicemos las cifras, estamos experimentando masivamente el dolor, el actual y el pronosticado. ¿Qué hacemos teológicamente con el mal (natural) cuando éste se nos presenta con unos ribetes casi ya olvidados? En el fondo, esa reflexión no es otra sino, de nuevo, la de colocar delante la pregunta sobre qué tiene que ver “Dios” con cuanto sucede de mal (natural). Traído “Dios” a este escenario de dolor, empezamos a moverlo y a colocarlo con dificultad: lo manejamos como si fuera una jarra que no va con el resto de lo que hemos puesto en la alacena.

##### *Volviendo al Evangelio*

Bien mirada, es únicamente una confusión que se esclarece pronto a poco que echemos una ojeada al modo de Jesús en su relación con la enfermedad. Partamos de una observación corroborable: *Jesús propone que la existencia personal debe estar configurada de manera que pase necesariamente por la aproximación a la vulnerabilidad ajena y propia*. Ser criatura implica atrevernos a lo vulnerable, decididamente, porque *allí hay posibilidad para Dios*.

Expresado de otro modo: *Jesús muestra ternura y se aproxima a los antihéroes*. Antihéroe es la viuda del óbolo, el ciego, la adúltera. El Evangelio refleja que la historia está repleta de gente rota, inacabada, acribillada por condicionamientos de los que no se pueden eximir. Recuerda que la vida es también, en muchas de sus facetas, un encadenamiento de *antiheroicidades*, de procesos humanos atrancados y vagabundos. Pasa por muchas lagunas de sentido y por enrucijadas intrincadas. En el Evangelio no se ignora a los *antihéroes*, de quienes portan fracturas, sinrazones, casualidades nefastas, despropósitos e imperfecciones. Reflejan eso que, como lo podemos comprobar en retazos de nuestras biografías, quedó absolutamente obturado y seriamente dañado. En síntesis: Jesús ve todas las vulnerabilidades de su época –económica, social, religiosa–. Se sitúa ante muchas de las fisuras de su momento: plebe-dirigentes, pecadores-justos, pobres-ricos. *Y se acerca a esa vulnerabilidad ajena*.

Tal línea de acción es palpable en su praxis taumatúrgica: *Jesús, sin dilación alguna, se opone al mal (natural)*<sup>13</sup>. Los enfermos forman una parte clave del público que rodea a Jesús. Fabris lo formula así:

---

<sup>13</sup> “El sabio de la antigüedad, tanto el estoico como el epicúreo, busca la impasibilidad; la emoción es considerada como un signo de debilidad, tesis que Nietzsche ha recogido en su teoría del superhombre. Jesús se deja ‘conmover en las entrañas’ por la miseria con que tropieza (Mt 9,36; 14,14; 15,32; 20,34; Mc 6,34; 8,2; Lc 7,13). No es el revelador que entrega desde lo alto su mensaje, sino el salvador que ‘tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades’ (según una adaptación significativa de Is 53,4 en

“Jesús revela y actúa en sus gestos poderosos y salvíficos el señorío de Dios en favor del hombre que se debate y suplica para salir de su miseria y limitaciones. La enfermedad, la alienación, el miedo y la privación son los síntomas del límite radical del hombre amenazado por la muerte. Las acciones poderosas y eficaces de Jesús responden a esta esperanza de liberación y reintegración humana según el proyecto salvífico de Dios que se extiende desde la creación hasta la resurrección”<sup>14</sup>.

### *Lucha contra la enfermedad*

Para Laín Entralgo, en una reflexión valiosa sobre el modo como Jesús se plantó ante la enfermedad<sup>15</sup>, los Evangelios anotan claramente su posicionamiento sobre la consistencia ontológica de la enfermedad. Jesús no acaba asociando la dolencia física al pecado del enfermo o de sus antecesores. Se fija especialmente en lo que expresan sobre este punto la curación del ciego de nacimiento (cf. Jn 9, 1-41) y la del paralítico de Cafarnaúm (cf. Mt 9, 1-8). Es decir, “para Jesús, la enfermedad humana *puede no ser* consecuencia del pecado”<sup>16</sup>.

El hecho es que el cristianismo antiguo actuó desde esa premisa como lo muestra su propia confrontación con la enfermedad. Laín Entralgo observa que la asistencia al enfermo es el núcleo de la reacción general de la Iglesia ante el mal (natural): “Contra lo que una visión deformante de la realidad haya podido difundir, el cristiano no quiere la enfermedad, sino la salud”<sup>17</sup>. Así es:

“La historia entera de la Medicina confirma esta actitud combativa del cristianismo frente a la enfermedad [...]. Así se entiende la rápida aceptación del galenismo por los primeros médicos cristianos, y aún por los Padres de la Iglesia (Gregorio de Nisa). Es cierto que algunos, como Taciano el Asirio y Tertuliano, llegaron a creer ilícito el uso de medicamentos, como si sólo pudiera esperarse la salud mediante la oración y el exorcismo; pero el común sentir del mundo cristiano se opuso resueltamente a tales descarríos. El curso histórico de la medicina occidental, desde Bizancio y los monasterios europeos de la Alta Edad Media, lo demuestra de modo más que suficiente” (p. 62).

El resultado es que la Iglesia acaba asumiendo, como parte fundamental de su edificio sacramental, la unción de los enfermos.

Sin embargo, ni mucho menos ha sido consistente la Iglesia consigo misma sobre este punto, como lo puede certificar la religiosidad que ha emergido en torno a hechos disruptivos naturales. No le ayudó la teología que se propiciaba para encajarlos. Basta hojear algún capítulo de la historia moderna de la Iglesia, p. e., para evidenciarlo. Así lo patentiza este comentario sobre la acción pastoral de la Compañía de Jesús en Málaga en el paso entre los siglos XVI y XVII:

---

Mt 8,17). En este punto, el Cristo de Juan no es diferente del de los sinópticos: llora ante la tumba de Lázaro (Jn 11,35)” (EQUIPO CAHIERS EVANGILE, *Los milagros del evangelio*, Verbo Divino, Estella 1978, 55).

<sup>14</sup> FABRIS, R., *Jesús de Nazaret. Historia e interpretación*, Sígueme, Salamanca 1985, 147.

<sup>15</sup> *Mysterium doloris. Hacia una teología cristiana de la enfermedad*, Publicaciones de la Universidad Internacional “Menéndez Pelayo”, Madrid 1955.

<sup>16</sup> *Ibid.*, 18.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 61.

“Los jesuitas, como otros religiosos, estuvieron presentes, prestando su ayuda en las calamidades que sufrió Málaga. En estos momentos de necesidad y desastre era más patente la religiosidad, por la obsesión colectiva hacia la salvación en un clima de miedo e inseguridad comunes ante las continuas epidemias, inundaciones, hambres, sequías, guerras, etc. El temor a la muerte afianzaba la religiosidad barroca y para fortalecerla estaba la ayuda de los clérigos, entre ellos los jesuitas, especialmente en épocas de necesidad. Estas catástrofes se interpretaban en el Antiguo Régimen como castigo divino por los pecados del pueblo, por lo que había que pedir perdón y hacer penitencia para alcanzar la misericordia de Dios. Se hacían procesiones, rogativas, etc. y, superado el mal, actos de acción de gracias y celebraciones votivas”<sup>18</sup>.

### *Una síntesis*

Jesús quiso tocar siempre lo quebradizo de la historia. Fue su constante principio de realidad. En Jesús esa vulnerabilidad no sólo es constatada, sino que se presenta como una vulnerabilidad *a la que Él se aproxima*. Jesús no pasa de largo ante ella. Al contrario, es sugestivo cómo la trata. Reproduce existencialmente en Él lo que la parábola del buen samaritano propone como enfoque de la vida: *el acercamiento a lo vulnerable y a lo vulnerado como proyecto* (cf. Lc 10, 29-37). El “Vete y haz tú lo mismo” (Lc 10, 37) no es entonces un consejo puntual: es un horizonte con pretensiones de orientar toda la existencia.

Para el cristianismo es esencial partir de esa orden de Jesús. ¿Por qué? ¿Cuál es la razón del necesario camino hacia lo vulnerable para que se produzca la novedad histórica del Evangelio? ¿Cómo se explica que orillar tal camino sea desvirtuar o falsear nuclearmente lo más genuino de la propuesta de Jesús?

La respuesta no parece otra sino que *allí, en la vulnerabilidad, hay posibilidad de humanización: de una mayor y definitiva humanización, que acaba resultando en el encuentro interpersonal y comunitario*. Lo vulnerable es oportunidad para una unión que, sorprendentemente, aparece como una alternativa a la soledad humana. La *diakonía* es medio para la *koinonía*. La vulnerabilidad invita a trasladarnos al plano de lo esencial, de lo humanamente básico y del lenguaje de lo estrictamente importante. Al calor de la crasa realidad del vulnerado, se deconstruyen nuestras ideologías diferenciadoras y se vuelve a reconocer al ser humano que somos todos. Ese descubrimiento es fuente de esperanza, la extraña esperanza que se planta retadora ante la muerte... para optar por la vida.

## **5. Conclusión**

La crisis sanitaria de la COVID-19 ha levantado la conciencia de que la humanidad tiene que ponerse en pie y cruzar algunos *puentes*. Los puentes son sendas que llevan a una mayor *comunicación*. Permiten la conexión entre lugares que, antes de ser construidos, estaban desconectados. Facilitan el conocimiento de aquello que, de otro modo, sólo difícilmente podía ser pisado y visitado. Los puentes entretejen relaciones, expanden universalidad.

---

<sup>18</sup> W. SOTO ARTUÑEDO, *La actividad de los jesuitas en la Málaga Moderna (1572-1767)*, Publicaciones Obra Social y Cultural de CajaSur, Córdoba 2004, 17.

Pero también son sendas de *tránsito* y de *cambio*. Enlazan lo que está *aquí* con lo que está *allí*: invitan a dejar lo conocido y a explorar lo diferente, ayudan a internarse en lo que no está dominado de la otra orilla. Los puentes impiden que nos encerremos en lo propio y habitemos únicamente lo sabido. Son motores de transformación: cruzándolos es como accedemos a lo que antes era lejano e inalcanzable.

La humanidad entera está pasando por muchos *puentes* en su padecimiento de la COVID-19. Ponerles nombre y admitir que nos encontramos cruzándolos forma parte de las extrañas luces que vienen asociadas a este tiempo personal y colectivo de crisis sanitaria que vivimos. Transitamos de un estilo de vida muy marcado por la incomunicación a la oportunidad para crecer en la comunicación entre las personas; de un subrayado exagerado del individuo a la conciencia fuerte de un *nosotros* primordial para el futuro; de la productividad sin alma al corazón de la solidaridad; de la fantasía de que existe un mundo sin imprevistos a la verdad de que los imprevistos son parte inevitable de la vida.

La teología aporta su caudal de sabiduría para que ese tránsito sea posible. Fundamentalmente viene a decir que *somos contingentes*, pero también que *estamos misteriosamente sostenidos en esa contingencia*. En la contingencia no se embarranca la existencia. Al contrario: justamente en ella se redimensiona la historia. Lo que parecía muerte resulta que es vida. Y eso es muy real, tanto como la COVID-19.